

Adelantar el futuro

Cuando yo era un niño, las solteras que se quedaban embarazadas tenían que agachar la cabeza, plegar su dignidad y poco menos que pedir públicamente perdón, entre un murmullo de reproches. Cuando yo era un niño, las parejas estables no podían existir como no fuera dentro del matrimonio, no había hombres y mujeres que vivieran juntos sin estar casados y los novios no se podían ir de vacaciones juntos. Cuando yo era un niño, lo de que pudieran darse relaciones afectivas o sexuales entre personas del mismo sexo era considerado aberrante y no entraba en cabeza de nadie que pudieran existir parejas estables, y muchos menos que, de existir en algún lado, en vez de ocultar su vicio lo hicieran público y demandaran los mismos derechos que asisten a las personas que son como hay que ser. Cuando yo era un niño, los homosexuales eran maricones, y el peor insulto que podíamos decirnos entre nosotros no era sinvergüenza, ladrón o irresponsable, sino maricón o mariquita. Cuando yo era un niño, no había peor pecado que el carnal ni enemigo más encarnizado que la carne. Cuando yo era un niño, la injusticia más grande nos escandalizaba mucho menos que la barriga de una muchacha, y, todavía en algunos lugares, el amor libre entre dos jóvenes estaba peor visto que el amor forzado entre un terrateniente y una pastora y, por ello, mucho más castigado socialmente.

Desde entonces hasta hoy las cosas han cambiado mucho, yo creo que para bien. Ya no hay cultura oficial, sino un sentir más o menos generalizado que en casi todo se abre a la diversidad y al respeto a la forma de vida de cada uno. Hay parejas que se casan por la Iglesia, otras que se casan por lo civil y otras que ni se casan, y todas ellas son respetables a los ojos de la mayoría de la población. Los novios viven su amor desde sus creencias y desde su exclusiva responsabilidad, y un embarazo en una joven es visto, sobre todo, como una posible tragedia vital más que como un fracaso moral. A nadie se le ocurre ya levantar el dedo acusador para señalar aquellos supuestos incumplimientos morales de pareja, entre otras razones porque antes se creía posible que hubiera

seres libres de toda culpa, por más golpes de pecho que se dieran, y ahora es público y notorio que en todas las familias se dan esos supuestos incumplimientos.

Este cambio está evitando un sufrimiento innecesario a mucha gente. ¿Pero quién le quita el sufrimiento a los que en la época anterior fueron perseguidos y señalados, a los que agacharon la cabeza y se recluyeron en su casa heridos en su dignidad, a esas muchachas a las que sus padres mandaron lejos del pueblo para evitarles el peso de la vergüenza o para evitárselo ellos mismos, o a las que debieron casarse a la fuerza con un muchacho al que no querían o al que no conocían suficientemente? ¿Cómo se indemniza la tragedia de vivir creyéndote culpable, de creerte peor, simplemente porque te señalan como peor los que no son mejores que tú, sino sólo más hipócritas?

Hay que adelantarse al futuro para evitar situaciones como éstas. ¡Cuánto sufrimiento hubiéramos evitado si el principio de que cada uno que haga con su vida lo que quiera, dentro del respeto a los demás, lo hubiéramos aplicado en el pasado! ¡Cuánto sufrimiento evitaremos si ese mismo principio lo aplicamos decididamente, por completo, sin prejuicios, para todos! La decisión del Director General de la Guardia Civil de permitir que una pareja de homosexuales viva en una casa cuartel es acorde con el generalizado sentir de nuestro tiempo, pero para muchos llegar tarde. El dolor de esos muchos y de otros nos obliga a prever el dolor de situaciones futuras y a intentar evitarlo.

Juan Bosco Castilla